



Relato enviado por Mortimer.

INU MONOGATARI

Japón siempre me había atraído. La distancia física y cultural me ayudaría a dejar atrás mi vida anterior. Necesitaba darme una nueva oportunidad, lejos de mi familia y mis amigos, para intentar encontrar mi verdadera identidad. Por supuesto que no entendieron nada, ni yo tampoco tenía posibilidad de explicarlo.

Ya a la llegada a Japón me volvió a invadir esa extraña sensación de lucidez irreal. Lo que pasaba fuera de mí era todo diferente y extraño; lo que pasaba dentro de mí era familiar y extraño.

Conocí a Fumiko en el bar de Shinjuku donde había comenzado a trabajar. Era un bar para mujeres, donde las hacíamos sentir como princesas desde el momento en que llegaban. Los camareros íbamos uniformados según nuestro rol respectivo. Algunos iban como mayordomos o camareros, con pajarita y sin camisa. Otros íbamos vestidos como eunucos, yo llevaba un turbante azul, y mi misión era descalzar y calzar a las clientas que llegaban y darles un masaje de pies cuando así lo requerían. Mis servicios eran gratuitos y eran una de las sugerencias que la dueña del local ofrecía para hacer la estancia más agradable a sus clientas. Entre semana, venían grupos de mujeres de las oficinas cercanas, y aunque al principio siempre entraban recatadas, casi tímidas, a medida que pasaba la velada y se iban desinhibiendo con la bebida, se volvían más atrevidas y empezaban a sentirse realmente como sultanas tratando despóticamente al personal del local. Nuestra consigna como empleados era tratar de complacer todas las deseos de las clientes, sin excepción. De ahí venía el éxito indiscutible del local.

Fumiko era una habitual del local, aunque ni mucho menos encajaba en el perfil típico de sus clientes. Solía acudir con una amiga, compañera de universidad, y se sentaban a hacer tareas entre ordenadores y papeles. Casi siempre requerían mis servicios y, aunque yo ya empezaba a hablar japonés, ella se dirigía a mí en inglés. Hablábamos de muchas cosas mientras les masajeara los pies. Les intrigaba saber cómo un europeo había ido a parar a un local así a Japón, y si lo hacía por gusto o necesidad.

Lo cierto es que la dueña del local me debía más de dos meses de paga y yo ya había consumido mis escasos ahorros. Tenía una habitación alquilada y no había pagado al casero las dos últimas semanas, por lo que este ya me había echado un ultimátum diciendo que o le pagaba esa misma semana, o me tendría que marchar. La dueña del local se puso como una hiena cuando le reclamé mis pagas atrasadas. Me dijo que había notado que había desaparecido una importante cantidad de dinero de la caja y me acusó directamente de haberla robado. No sólo no estaba dispuesta a pagarme lo que me debía, sino que me amenazó con denunciarme a la policía si no le restituía el dinero desaparecido. Entre lo que debía al casero y el dinero que me reclamaba la dueña debía casi un millón de yenes. ¿Cómo iba yo a pagar eso?

Estaba desesperado y algo me debió notar Fumiko cuando me senté a sus pies a darle el masaje habitual. Bastó una pregunta por su parte para que yo, más o menos atropelladamente, le contara todas mis desgracias. Se quedó pensativa y me dijo que en su casa estaban buscando alguien para ayudar en la casa, pero me advertía de que podía ser más duro de lo que me imaginaba. Ella vivía en casa de su abuela, con una tía soltera y su hermana pequeña.

Yo no lo pude evitar y me puse a besarle los pies pidiendo que por favor me ayudase. Que estaba dispuesto a hacer lo que fuese con tal de poder salir del atolladero en que me encontraba, y que no me importaba ponerme a limpiar para poder quedarme en Japón, que la idea de servir a un grupo de mujeres me había resultado siempre atractiva. Fumiko me dijo que lo consultaría en casa pero al día siguiente volvió diciendo que su tía no quería meter hombres en casa y que lo sentía mucho.

Pasaron un par de semanas donde mi situación se deterioró del todo. Mi casero me había echado de la habitación, no sin antes decirme que consideraba ahora suyo todo lo que contenía, aunque eso sólo compensaba parte de la deuda que tenía contraída. Desesperado, volví a reclamar mi dinero a la dueña, se puso a gritarme como una energúmena y a empujones y patadas me echó del local, diciendo que si no le devolvía el dinero robado, me iba a denunciar a la policía o, peor aun, a la yakuza (ella tenía conexiones en ese mundo) y que me atuviera a las consecuencias.

Me senté en el umbral del portal del edificio donde estaba el bar. ¿Qué iba a hacer ahora? La fortuna hizo que Fumiko entrase en ese momento y, al verme en esa situación, preguntase qué había ocurrido. Volví a contarle todo y le dije que estaba dispuesto a hacer lo que sea. Fumiko me dijo que volvería a hablar con su tía. Yo le besaba los zapatos en agradecimiento con los ojos llenos de lágrimas.

Al día siguiente, después de una noche durmiendo con los vagabundos, me senté a esperar en el portal la llegada de Fumiko. Llegó sonriente y me dijo que su tía había accedido a hacerme una entrevista. Que no me hiciera muchas ilusiones, pero que si gustaba a su tía y cumplía con los requisitos y las condiciones que me impusiera, ella no tendría problema en adelantarme el dinero para saldar "mi deuda". También tenía que entender que en la situación en la que me encontraba, sin papeles ni domicilio fijo, no me podrían hacer un contrato oficial y tendría que aceptar sin discusión los términos que me presentasen.

Me llevó a su casa. Me dijo que tenía que causar buena impresión y que era importante que mostrase la mejor disposición delante de su tía, que es la que debía decidir si me quedaba o no.

Entré en la casa con mi amiga, y me arrodillé en el tatami, Fumiko me dejó en una habitación para ir a buscar a su tía. Al cabo de casi media hora, se abrió la puerta e inmediatamente asumí la postura que Fumiko me había sugerido para causar buena impresión, postrado, tocando el suelo con la frente y así permanecí. Por el rabllo del ojo ví unos tabis y luego un kimono.

— Puedes levantarte

Kumi sama era una mujer alta y delgada, casi en la cuarentena. No era precisamente guapa, pero tenía unos ojos grandes y expresivos con los que me miraba intensamente, como intentando leer mi alma. Miré al suelo, incapaz de soportar la mirada.

— Fumiko me ha explicado la situación en la que te encuentras. Y, ante la insistencia de mi sobrina, hemos decidido darte una oportunidad...

Sus palabras me causaron una enorme alegría, dibujé una sonrisa en mi rostro y empecé a balbucir lo que iba a ser un agradecimiento profundo, pero me cortó en seco con un gesto sorprendentemente brusco de su mano.

— Todavía no he acabado. No me gustan que me interrumpen.

Me callé de inmediato y volví a tocar el suelo con la frente para pedir perdón.

— Tendrás que aceptar mis condiciones, sin discutir ninguna. Si no estás dispuesto, ahí tienes la puerta, puedes marcharte cuando quieras.

Me acercó un papel manuscrito, en japonés, con una caligrafía bellísima.

— Toma. Este es el contrato que te ofrezco. Léelo despacio y, si estás de acuerdo, fírmalo. Te dejo media hora para pensarlo.

Se levantó y salió de la habitación, yo volví a pegar mi frente al tatami y así me quedé hasta que oí como la puerta se cerraba. Me puse a leer.

Contrato de trabajo

Kumi Yamata, mayor de edad y residente en Chuo ku..., de ahora en adelante "la dueña" (la cosa empezaba fuerte...) se compromete a dar a Gabriel, en adelante inu o "el criado", un millón de yenes en concepto de adelanto sobre su salario futuro. Además, se hará cargo de alojar y alimentar al criado, mientras este permanezca a su cargo. Ambas partes se comprometen a aceptar las siguientes condiciones

1. *El salario diario del criado será de 1000 yenes diarios. El criado pagará 800 yenes en concepto de alojamiento y manutención, los 200 yenes restantes se destinarán al servicio de la deuda contraída con los intereses correspondientes. A un tipo de interés del 7%, el criado habrá saldado su deuda en 50 años (acabará de pagar cuando tenga 78 años!). Cualquier gasto adicional que la dueña incurra en el criado (medicinas, ropa, etc...) se habrá de sumar a la cantidad aduendada y se aplicará el mismo tipo de interés, lo que extenderá el tiempo de servicio*
2. *La dueña se reserva el derecho a transferir o vender este contrato a una tercera parte sin consultar al criado, que seguirá siempre sujeto a las condiciones del mismo*
3. *La dueña se compromete a mantener el derecho a la vida y a la integridad física del criado. No podrá mutilarle o enajenarle parte alguna sin consentimiento previo del criado. Fuera de este supuesto, la dueña, o la persona que ella autorice, tendrá derecho total sobre el cuerpo del esclavo, que podrá ser usado, atado y castigado a discreción. Tendrá derecho, igualmente, a marcar o tatuar al criado de manera permanente y a hacer piercings que no pongan en peligro la susodicha integridad física del esclavo.*
4. *En caso de fallecimiento de la dueña, este contrato será transferido en todos sus términos a los herederos que ella designe en su testamento y, en la ausencia de este, a sus herederos legítimos.*
5. *La dueña tiene derecho a decidir el horario y el tipo de trabajo que el criado habrá de realizar, sin ninguna restricción. El criado no tiene derecho a vacaciones o días de descanso hasta que haya saldado la deuda contraída. Igualmente, la dueña tiene derecho a traspasar, vender o alquilar los servicios del criado a quien lo considere oportuno*
6. *El criado no se podrá negar a hacer un trabajo encomendado salvo los que pongan en peligro su derecho a la vida o a la integridad física. Igualmente, el criado no tendrá derecho a disponer de su vida o de su integridad física durante la duración del contrato. De la misma manera, deberá procurar mantenerse siempre en las mejores condiciones físicas e higiénicas para cumplir su función.*
7. *El criado deberá mostrar siempre una actitud respetuosa frente a sus superiores. Aceptará sin discusión las órdenes y reglas que en cada momento se establezcan y las realizará con la máxima diligencia y la mejor disposición.*
8. *La dueña tendrá derecho a rescindir este contrato en cualquier momento. El criado deberá cumplir los plazos convenidos en el mismo y no podrá rescatar o comprar este contrato sin el consentimiento previo de la dueña o del titular del mismo.*

Y para que conste a todos los efectos, firman este original y única copia del contrato que quedará en poder de la dueña.

Tokio a 25 de Mayo de...

Además había una hoja adicional, que no sé si llamar anexo, donde se explicitaban las reglas y normas de comportamiento básico que debería cumplir en el hogar de las Yamata. Rezaba así:

1. *Te dirigirás a todos nosotras con el sufijo sama. Nunca nos miraras directamente a los ojos.*
2. *No estarás nunca de pie en nuestra presencia, salvo autorización expresa. Es importante mantener las distancias y que nos des el respeto que merecemos. Cuando entremos en una habitación en la que estés deberás arrodillarte y tocar la frente con el suelo. Así has de quedarte si no estabas haciendo ninguna otra tarea.*
3. *Has de ser limpio y te bañarás todos las noches después de que lo hayan hecho todas las mujeres.*
4. *Te ocuparás de mi madre. Tenemos una silla especial con amés para que la subas y la bajas entre los dos pisos de la casa. Cualquier otro miembro de la casa puede usarte de la misma forma, por lo que siempre lo debes llevar fijado a la espalda, incluso cuando duermas. De la misma forma, nos acompañaras al mercado y cargarás con la compras. Siempre caminarás detrás de nosotras, pero te adelantará al abrir las puertas.*
5. *Tirarás del rickshaw de la casa, en cualquier desplazamiento. Debes mantenerlo en perfecto estado de limpieza y mantenimiento*
6. *Comerás únicamente lo que coloquemos en tu escudilla, en el suelo de la cocina, y habrás de comerte todo lo que pongamos en ella. Sólo beberás agua de los WC, será pues tu responsabilidad que se mantenga limpia*
7. *Sólo comerás a la noche, cuando todas estemos ya acostadas. Normalmente, dormirás en el suelo de la cocina o en el cobertizo del jardín.*
8. *Cualquier miembro de la casa tiene derecho a castigarte en caso de incumplimiento o por falta de acción u omisión. Los castigos pueden ser físicos y en todos los caso los deberás aceptar sin rechistar*

Volví a leer ambos documentos, lo que me ofrecían era un contrato de esclavitud incondicional y entregar mi vida a otra persona. He de confesar que la emoción me embargaba y que me sentía atraído por un deseo de abandonarme y de renunciar a mi libertad, a mi condición de ser humano, para entregarme a esa mujer, que a partir de ese momento decidiría todo por mí. Había otro aspecto más racional, la íntima convicción de que las mujeres eran seres superiores a las que debía servir. Me di cuenta que si firmaba aquel contrato, simultáneamente renunciaría a mi vida y la llenaría de sentido y, quien sabe, de felicidad. No lo pensé dos veces. Firmé el documento, lo puse entre mis manos y volví colocar mi frente en el suelo en espera de que la que iba a ser mi dueña volviera.

Entró en el cuarto y, sin despegar la frente del suelo, subí mis brazos para acercarle el documento. Pasaron unos segundos interminables, en los que sólo sentía mi corazón latiendo frenéticamente. Y entonces sentí sobre mi nuca el peso de lo que no podía ser sino su pie, mientras decía. "Yo te acepto".

Luego se sentó y me dijo que me incorporase. Así lo hice pero seguí con mirada fija en el suelo, mientras ella proseguía.

— Estas condiciones te pueden parecer abusivas, pero ya le dije a Fumiko, que era la única manera en que consentiría en que te quedases bajo nuestro techo. Baja a la cocina, y desnúdate. Tira todo lo que has traído, hoy empiezas una nueva vida y quiero que entres a ella sin ninguna atadura o recuerdo del pasado. Olvídate de lo que has sido y del mundo en que has vivido: ahora eres sólo el criado Inú, que no sabe nada, que no tiene nada. Recuérdalo siempre.

Los comienzos

La abuela, Makiko sama, no era tan mayor como yo me imaginaba. No había cumplido setenta años, pero aparentaba muchos menos. Era menuda y de apariencia frágil, pero se movía con una agilidad sorprendente para sus años, y disfrutaba de lo lindo bailando en el wii mat de sus nietas. El arnés silla que me hacían llevar siempre a la espalda, creo que lo utilizaba más que nada para hacerse sentir como una reina y para afianzar su autoridad sobre mí, algo que nunca se me hubiera ocurrido discutirle. Además, no era el único miembro de la casa que me ponía de escalera mecánica, de hecho todas lo hacían con mayor o menor frecuencia, hasta Fumiko, que había cambiado totalmente su relación conmigo desde que me encontré arrodillado y desnudo en el suelo de la cocina, ahora le daba una naturalidad no fingida al gesto de acercar su pie desnudo para que lo besase a modo de saludo. El hecho de que todas las otras mujeres de la casa lo hubieran asumido así también desde el primer día, contribuyó a fijar la transición de manera definitiva. De alguna manera, yo también ayudé en el cambio, asumiendo desde el primer momento el papel que me tocaba y dejándome llevar por la fascinación que ejercía en abandonar lo que había sido y despertarme a una realidad nueva, sin reconocer de manera consciente que no era ni mucho menos la pesadilla que podía parecer.

Y es que la casa era lo que podríamos llamar un hogar feliz. Había una alegría contagiosa, cuya fuente principal era la mirada inteligente y bondadosa de Makiko sama hacia la vida, y el amor que derramaba por su hija y sus nietas. Un amor con el que las había ido envolviendo desde la muerte inesperada de su hijo y su nuera, hacía ya más de diez años, en un accidente de coche provocado por un borracho, que además sobrevivió. Acogió a su dos nietas en su casa, que se había quedado grande para su hija y ella, y se prometió que nunca sus nietas sentirían el frío de la orfandad. Y por eso cambió toda la casa en cuanto concluyó el prolongado periodo de luto y vistió de colores y bromas las estancias y las vidas de los habitantes de la casa. Era una alegría que inundaba los silencios del desayuno y las risas estrepitosas de las cenas, donde todas reunidas, como un grupo de amigas, casi colegialas, se burlaban de ellas y de casi todo. Yo trajinaba entre la cocina y el comedor, en una coreografía dictada por gestos casi imperceptibles de Kumi sama, transparente y satisfecho de formar parte, aunque fuera subalterna, de ese mundo. Las veladas se alargaban a menudo, y las risas dejaban paso a conversaciones más íntimas, más calmadas. Makiko sama era siempre la primera en irse, y cuando empezaba a incorporarse, yo le ofrecía mi silla de espalda para subirla al dormitorio. Se dejaba desvestir y a veces me hacía lamerle los bajos, como ella lo llamaba, sobretodo, cuando había tomado dos o tres sakes, que la dejaban inquieta y desinhibida. "Me ayuda a dormir", decía, "lame por ahí detrás, también, que me hace cosquillas", y me enseñaba su culo, todavía firme, y yo me adentraba en su oscuridad, intentando complacer.

Desde el primer momento Makiko sama, y el resto de los miembros de la familia, no habían mostrado ningún pudor hacia mi persona. Se mostraban desnudas y hacían sus necesidades en mi presencia con total naturalidad. Por una parte, subrayaba mi invisibilidad y mi condición de ser inferior, pero por otra yo me sentía feliz de la proximidad, de formar parte de la intimidad cotidiana de esas mujeres. Y cada noche repasaba esos momentos, tumbado en el suelo de la cocina, mientras conciliaba un sueño fácil, de cansancio y plenitud.

Kumi sama fue desde el primer momento “mi dueña” natural, aunque pasase más tiempo al servicio de otros miembros de la familia. Dicen que los perros eligen su amo y la verdad es que no sé en este caso quién eligió a quien. Ella tenía una casa que dirigir, y yo era una herramienta necesaria para ello, pero si alguna vez hubo algún gesto de deferencia, aunque mínimo, hacía mí, quiero pensar que fue en reconocimiento de mi actitud entregada, de la facilidad con que me despojé de mí mismo para entregarme a su servicio, para ser parte de todo ello.

Los comienzos no fueron fáciles. Kumi sama era una mujer organizada. Con la llegada de las niñas, había acentuado su tendencia al orden y su sentido de la responsabilidad, lo que a ojos de su madre le había hecho encerrarse más en sí misma y dotado a su rostro de esa expresión seria que era fácil confundir con antipatía. Sólo la sonrisa picarona de su madre o de su sobrina pequeña, o los guiños cómplices de Fumiko, conseguían relajar fugazmente su rictus, y aparecía el rostro bello, que tanta admiración había causado en sus años de universidad. A mi me empapelaba la puerta de la nevera con listas interminables de tareas y reglas que debía recordar. Ella las recordaba siempre, como también recordaba los castigos que mis faltas merecían. No tenía como Makiko sama, o Kaori sama, la hermana pequeña, el pronto fácil que acababa en una bofetada, pellizco o puntapié, más para liberarse que para causar daño, pero era firme y hasta escrupulosa en aplicar la disciplina, y no le temblaba el ánimo ni le fallaba la fuerza al azotarme por mis faltas. Al principio estos castigos eran frecuentes, casi diarios, pero a medida que me volvía más eficiente e iba cometiendo menos errores, se fueron distanciando en el tiempo, aunque fueron siempre aplicados con el mismo rigor, casi me atrevería a decir que con profesionalidad.

Le gustaba que la casa funcionase a la perfección. Era uno de los pilares en los que parecía encontrar una sensación de estabilidad, como un espejo que le devolvía una imagen serena y sonriente. Yo debía encajar allí a la perfección y por eso dedicaba tanto tiempo y atención a mi instrucción y acondicionamiento. También estaba empeñada en verme gordo, con una condición física que debía mejorar. Por eso, en los primeros tiempos, pocas de la sobras acababan en mi escudilla, y miraba con desesperación todos los restos que yo mismo tiraba a la basura y que con buen gusto hubiera engullido allí mismo.

Aparte de la restricción calórica, me impuso un régimen estricto de ejercicio, para complementar una actividad física que ya era de por sí agotadora. Por ejemplo, siempre usaba “la silla de la abuela” para subir las escaleras, y animaba a sus sobrinas a que me usasen para fortalecer mi resistencia. También tenía la excursión casi diaria al mercado, donde la seguía con mi cesta en la espalda en la que los tenderos me ponían la comida. Conocía a mucha gente, y se paraba a menudo a conversar con esta o aquella, la gente se había acostumbrado a verla con el criado gaijin, y ya nadie le hacía bromas sobre el asunto. A veces se metía en un café con algunas amigas y yo la esperaba fuera, cargado con los encargos.

Si llovía o nos acompañaba otro miembro de la casa solía sacar el rickshaw. Las oía conversar y saludar a los conocidos, o quejarse del mal tiempo y de lo caro que estaba todo. A veces el paseo se prolongaba en otros recados, porque Makiko sama quería visitar a alguna amiga o rendir visita a sus antepasados en el templo de Sengaku. Los primeros paseos fueron muy duros, no sólo por el esfuerzo físico que suponían para mi cuerpo desentrenado, sino por la vergüenza de verme reducido públicamente a la condición de animal de tiro. La naturalidad con que vivían la escena mis dueñas y los lugareños me ayudó a disipar el sentimiento, y mi sensible mejoría física me permitía hacer cada vez con más facilidad distancias y cargas mayores. Confieso que con el tiempo comencé a desear estos paseos, que me permitían liberarme del reducido universo donde se desarrollaba el resto de mi existencia. Muchas tardes llevaba a la abuela y las nietas al cine y al recogerlas, se acurrucaban bajo la manta de viaje, mientras recordaban excitadas los mejores momentos de la película. También llevaba a las amigas de Kumi sama de vuelta a casa después de la partida de dominó. Entonces la oía comentar qué suerte había tenido Kumi en encontrar un gaijin así y que ya le gustaría a ellas encontrar otro como yo. No conseguían acostumbrarse a la imagen de ese extranjero que las descalzaba al llegar a casa, la saludaba de hinojos, postrado a sus pies, y las trataba como reinas o emperatrices de otra época, tan diferente a aquellos hombres, maridos o jefes, que imponían su presencia y su zafiedad sin rubor, orgullosos de ser tan cenutrios. Y fingían una falsa naturalidad ante la situación, mientras les servía el té verde o se servían de mi silla para subir a ver en el armario de Kumi sama el último vestido comprado.

Mi jornada comenzaba muy pronto. A las cuatro de la mañana ya había recogido los restos de la velada en el cuarto de estar, las colillas de Fumiko y alguna prenda que Kaori casi siempre dejaba tirada por el suelo. La casa era muy grande, por lo menos para el estándar de Japón y en ella se alternaban las estancias de decoración occidental, con las de tradición japonesa de una manera casi caprichosa. Yo limpiaba entero el piso de abajo mientras ellas seguían durmiendo. También daba un repaso al garaje, donde guardaban los coches, las bicicletas y "mi" rickshaw, y me encargaba de que todo estuviese pulcramente limpio. El suelo del garaje parecía el de un quirófano, sobretodo desde que Kumi sama se encontró un día una gota de grasa, que inadvertidamente pisó. Me llamó enojada y tuve que lamer la suela de su zapato y limpiar el suelo del garaje con mi lengua, mientras Fumiko decía a su tía que se apurase, que llegaban tarde a la peluquería. Para esta noche te apunto diez, me decía mientras arrancaba el descapotable, que se había regalado a si misma en su penúltimo cumpleaños.

Luego me tocaba darle un repaso al jardín, cuando el día comenzaba a despuntar ya había recogido las hojas y ramas del césped, y la inevitable caca de algún gato callejero. Hacía igualmente la tabla de gimnasia que Kumi sama me había impuesto, después de haberse asesorado concienzudamente por un preparador físico.

Me lavaba, siempre con agua fría, la única que tenía autorizado a usar en mi persona, y comenzaba la preparación de los desayunos. Las niñas preferían el desayuno occidental pero Makiko sama y su hija tomaban un desayuno tradicional japonés en toda regla. Sólo su preparación y presentación me llevaban casi hora y media cada mañana. Las niñas y su tía lo tomaban en el comedor de la cocina. La abuela lo prefería tomar en su cuarto, y yo le presentaba la bandeja, adornada cada día de una manera diferente para representar la estación. Sólo los fines de semana desayunaban las cuatro juntas, en el comedor japonés, y se a veces se prolongaban durante más de una hora mientras yo reponía el té en las tazas o cambiaba el cenicero de Fumiko sama.

Makiko sama tenía un mal despertar, y lo solía pagar conmigo cuando subía con la bandeja del desayuno. Me daba golpes y bofetadas con cualquier excusa y sólo se calmaba cuando sentada en el futón, me hacía darle una masaje en las piernas mientras negociaba el desayuno, y a veces me permitía darle besos en las plantas de los pies, en una especie de reflexología osculatoria que ella misma se recetaba. También la llevaba al baño, y hacía pleno uso de él mientras me hablaba sobre los chicos que empezaban a rondar a su pequeña Kaori. Se dejaba limpiar por mí con toda naturalidad y hasta era yo el que tiraba de la cadera. A menudo me hacía comentarios sobre el color o consistencia de sus heces, y echaba la culpa a mis dotes culinarias si había algo que no estaba en su orden. Un día en que se levantó de especial mal humor, se enojó por el olor extraño que desprendía su caca y me obligo a pasar una hora con la cabeza metida en la taza, la nariz rozando los excrementos flotantes, para que aprendiese los resultados de mi mala cocina.

La lavaba, la peinaba y la vestía. Era muy coqueta y casi siempre iba vestida a la manera tradicional japonesa, y ella se terminaba de ajustar el kimono o la yukata. Y por primera vez en la mañana, esbozaba una sonrisa al espejo.

Pero esa era mi segunda batalla de cada mañana. La primera se lidiaba, y en toda regla, en el dormitorio de las niñas, cuando iba por las mañanas a despertarles. Fumiko sama siempre se demoraba en la cama, y sólo tras muchos ruegos de mi parte asomaba un pie para que le enfundara el calcetín. Muchos días la tenía que incorporar y ponerle la bata, y le costaba un esfuerzo innegable dejarse caer sobre "mi silla" para que la bajase a tomar el desayuno. Kaori sama, como su abuela, se despertaba agresiva y casi siempre me propinaba un puntapié en la cara cuando la calzaba las zapatillas o le ponía los calcetines. Sólo se quedaba tranquila cuando de resultas del golpe yo perdía el equilibrio y me quedaba sentado en el suelo, a sus pies, y le pedía perdón por no haber soportado el empujón. Me hacía llevarla al baño y esperarla mientras hacía pipí y luego la transportaba a la mesa de la cocina, donde ya desayunaba su tía.

Como mis mañanas estaban de por sí bastante ocupadas, agradecía la autonomía matinal que tenía Kumi sama. La despertaba la primera, a las siete de la mañana, y la traía una taza de té que se tomaba rápidamente metida todavía en la cama, mientras empezaba dictarme la primera lista del día, y yo arrodillado a los pies de su cama, con la mirada clavada en su zapatillas perfectamente alineadas, replicaba con el hai, hai japonés cada instrucción de la lista. En esos primeros tiempos, y al contrario de lo que sucedía con sus sobrinas o su madre, Kumi sama sólo se dirigía a mí para darme instrucciones, listas de tareas o castigos, o criticar, de manera brutal y directa, cualquier trabajo que no había satisfecho sus expectativas.. No, no éramos dos actores que habían asumido sus roles; era una relación estrictamente profesional, donde ella era la jefe perfecta en busca de encontrar, o de crear, el subordinado a su medida.

Aun arrodillado veía sus pies delgados buscar sus zapatillas y los veía desaparecer camino del baño. Yo disponía entonces la tele y la estera donde practicaba el yoga o la gimnasia matutina.

La cocina siempre me había gustado y ya en el bar había aprendido los rudimentos de muchos platos tradicionales japoneses. Kumi sama dedicó muchas mañanas a enseñarme nuevos platos y formas de presentación. Cada comida debía ser dispuesta con gracia y en su debido recipiente. Los colores y las formas eran tan importantes como el sabor y los aromas, y ella no podía disfrutar verdaderamente de una comida, y le gustaba mucho comer, si todos estos elementos no encajaban a la perfección. No le gustaba repetir las cosas y cuando una distracción mía le obligaba a ello, sabía que lo pagaría con creces en el castigo de la noche. Y es que Kumi sama, al contrario que todos los otros miembros de la casa, sólo me pegaba en el escenario reglado de las noches, y siempre utilizaba una fusta o una vara para ello y nunca una parte de su cuerpo.

Cuando un plato salía mal, acababa todo o parte de él en mi escudilla. Aparte de herramienta de castigo, mi escudilla servía como un cubo de basura alternativo donde iban parar los restos de las comidas, no importando que hubiesen sido mordisqueados o directamente escupidos. La comida que se caducaba en la nevera se añadía a todo lo que se había ido acumulando en el día. Por lo que me encontraba invariablemente mezclas exóticas, un trozo de filete con nervio escupido por Kaori, la cabeza de pescado del desayuno de Kumi sama, un yogur de frutas del bosque caducado o los restos de pelar las zanahorias, que decía la abuela que eran una fuente buena de vitaminas. Todo lo comía frío ya de noche. Pero, a menudo Kumi sama me castigaba sin cena, lo que era mi única comida diaria o las niñas me guarreaban aun más si cabe la cosa, con trozos de tierra, para aportar minerales, o escupían los huesos de las cerezas en la escudilla, jugando a acertar. Kaori sama era especialmente guarra, y cuando no la veía su tía, la veía sonreír y sacarse un moco de la nariz que dejaba caer para condimentar el plato o escupía repetidamente sobre él. A veces me castigaban a tomar íntegramente una comida que había resultado salada o se había quemado, y entonces pasaba una semana entera comiendo únicamente los restos calcinados de un asado, mientras tiraba cosas mucho más apetitosas al cubo de la basura. Kumi sama había decidido que bajo ningún concepto mi alimentación debía preocuparla en lo más mínimo y en la casa se seguía comprando y cocinando la misma cantidad de comida que cuando ellas estaban solas, por lo que muchas veces mi escudilla sólo contenía los restos reales de la comida, las mondas de las verduras, las pieles de los pescados, el borde de los filetes, el arroz que despegaba de la olla y que ella me autorizaba añadir.

Por la mañana hacía las habitaciones. Afortunadamente, no me tenía que encargar de la limpieza de la ropa o la plancha, una lavandería-tintorería la recogía casi a diario y yo me encargaba de colocarla en los armarios. La única excepción era la ropa interior, que debía lavar a mano y la limpieza del calzado. Tenían una habitación a la entrada donde se guardaban ordenados todos los zapatos, ordenados por persona y color. Yo limpiaba y embetunaba todos, suela incluida. Tenía en ello un interés especial, además, ya que era la prenda que besaba cada vez que llegaban a casa, antes de descalzarlas.

Makiko sama cada vez utilizaba más el rickshaw. Era su único medio de locomoción para moverse por el barrio, ir al cine o de compras y visitar a sus amigas. A veces íbamos a recoger a una o dos de ellas a su casa y las llevaba a alguna merienda o a las clases de ikebana. La mayoría me trataba con indiferencia y hacían caso omiso de mi persona arrodillada mientras las ayudaba a subir al rickshaw. Algunas me trataban con franco desprecio, no sé si por mi posición de subordinado, de extranjero u ambas.

Una tarde fría lluviosa, volviendo a casa después de la partida de dominó chino, se encontró por la calle a Rika, la mejor amiga de Kumi sama. Rika le dijo que venía a casa y Makiko sama la invitó a subir. Rika vaciló un poco pero no se atrevió a negarse, y aunque aliviada de poder entrar a resguardo, — tenía los zapatos calados y los pies helados —, se encontraba visiblemente incómoda con la situación. Makiko sama le preguntó qué le pasaba.

— No me gusta que un ser humano me transporte como si fuera una bestia de carga, Yamata san. Creo que atenta a la dignidad del ser humano

Makiko sama se reía y le dijo que no tenía que preocuparse tanto.

— En realidad él accedió voluntariamente a hacerlo. Kumi fue lo suficientemente generosa como para admitirle en nuestra casa y prestarle dinero para pagar sus deudas. Ahora mismo debería estar en la cárcel, pero la insistencia de Fumiko, le ganó el corazón. Ya sabes que haría cualquier cosa por sus sobrinas. Lo habló conmigo y yo le dije que no nos vendría mal tener ayuda en casa, que yo ya me iba haciendo vieja e iba a necesitar cada día más los cuidados de alguien fuerte. Todas viviríamos mejor y haríamos una obra

de caridad. Lo que no podíamos permitir era que perturbase la armonía y la rutina de nuestro hogar, y tampoco que fuese algo oneroso para la familia, por eso quisimos dejar claro desde el primer momento cual sería el papel que debería jugar y que tendría que hacer en contraprestación a nuestra generosidad. Si quieres que te diga la verdad, yo nunca pensé que aceptaría, pero con estos extranjeros nunca se sabe. Cualquiera persona que se presta a hacer un trabajo así, no merece ser tratado de otro modo. Como sabes, yo me eduqué rodeada por criados en casa de mis padres, y a ninguno encontré tan servil y con tan poca dignidad como Inu. Piensa además que Kumi le ha dedicado mucho tiempo a su entrenamiento y formación, y es lógico que él responda con gratitud, respeto y servicio.

— ¿Pero son necesarias las reverencias al suelo? ¿Que tenga que besar los zapatos? ¿Que coma en el suelo restos de comida?

— Ay hija mía, no te pongas así, que no es para tanto! Siempre viene bien fijar reglas al servicio. Si no te toman como el pito del sereno. Pero mi niña, si estás tiritando!

Rika intentaba taparse con la manta de viaje y descansaba la cabeza en el respaldo. El rickshaw avanzaba a buen ritmo, balanceándose ligeramente, la intensa lluvia trepidaba en la capota del rickshaw. Makiko sama le había agarrado las manos y proseguía

— Por eso le advertí a Kumi que no podía entrar en casa como una persona más, eso hubiese alterado mucho nuestro hogar. La única manera en que lo podíamos admitir era si renunciaba a sus derechos de persona y accedía a ser como un esclavo, que se sometiese a nuestras reglas y al que podríamos ignorar. ¿Cómo permitirle si no acceso a nuestra intimidad? ¿Te pasearías tú desnuda delante de un empleado en tu casa?

Rika negaba en silencio y sonreía pensando en la situación.

— Yo desde luego que no. Sólo despojando a Inu de su status de "persona" podíamos ser capaces de convivir con él. Sólo haciéndole entender que éramos personas superiores a él, a las que debía deferencia y respeto, podríamos acogerle. Se trataba no solamente de marcar las distancias, sino de hacerla imposible de franquear. Lo hablamos con las niñas y lo entendieron. Hasta Fumiko, que había sido su amiga, comprendió que era el único camino posible.

— Si, lo entiendo. ¿Pero por qué el trato denigrante, por qué los castigos?

— El trato puede parecer denigrante, pero no lo es. La escudilla, o que beba el agua del retrete...

Rika puso un gesto de asco

— ¿Hace esooo?

— Claro que lo hace. Cada vez que bebe agua se le refuerza su posición de inferior con respecto a nosotras, aparte de que tiene un acicate adicional para mantenerlos limpios. Bueno, como te decía, todas esas rutinas no le denigran, ya que él las aceptó, y todas ellas tienen una razón práctica. Lo que Kumi y yo teníamos claro es que si metíamos a alguien en casa era para hacernos la vida más fácil, no para amoldarnos nosotras a él.

Los castigos son la única forma de que aprenda rápido y entienda las consecuencias de sus errores y torpezas. Tu sabes que Kumi no es ninguna sádica, pero ella bien sabe que son necesarios y justos. Ya estamos llegando

Conduje el rickshaw al garaje, subí el plástico que las cubría y las ayudé a descender.

— Hija mía, esos zapatos están empapados. Inu se encargará de ellos.

Esta vez Rika me dejó descalzarla y secarle los pies con una toalla. Rika me miraba de otra manera, después de la conversación que había tenido con la madre de su amiga. Reordenaba sus ideas, intentando acomodarlas a una nueva realidad.

— ¡Achiís!

— Lo ves, te has enfriado.

Entraba Kumi sama a saludar a su querida amiga. Yo todavía tenía el pie de Rika envuelto en la toalla. Al ver a entrar a Kumi sama puse mi frente en el suelo, como era mi costumbre. Notaba en mi mejilla los dedos de Rika sama, que abrazaba a su amiga.

— Tú y tu estupidez de venirte andando desde el autobús. ¡Con la que está cayendo! Mamá, ya le he dicho mil veces de que le enviaba el rickshaw, pero nunca ha querido. Es muy testaruda. Tampoco ha querido venir nunca conmigo

— Pero no conmigo. Hoy la he rescatado yo. Iba empapada, la pobre. Espero que no vuelva a hacer esas tonterías, después de la conversación que hemos tenido.

— Hoy te quedas a dormir en casa. Nos vas a dejar que te cuidemos. No pongas esa cara, no hay nada que discutir. Te dejaré algo cómodo que ponerte

Rika era la mejor amiga de Kumi. Tenía treinta y seis años y un divorcio malo a sus espaldas. Vivía sola en un apartamento pequeño a más de una hora de tren del centro de Tokio, lo único que se podía permitir con su salario de secretaria. Kumi le había ofrecido en muchas ocasiones mis servicios. “Llévate a Inu un día de estos a que te limpie ese piso” o “para que te suba la compra” (era un tercero, sin ascensor), pero Rika siempre había declinado.

— Te quiero enseñar el kimono que voy a llevar a la boda de Yuca. Lo tengo ahí arriba.

Hizo un gesto con su mano y me transformé en taburete. Rika miraba como Kumi se subía a mi y se ponía a buscar.

— Te va a encantar. Es de mi madre, pero dice que ya no tiene edad para esos diseños.

Se bajó de mi y abrió la caja en el suelo. Con un pequeño gesto de su pie me mandó a la cocina, a seguir trabajando en la cena. Dejé a las amigas sentadas, admirando el dibujo del kimono.

— ¿Cómo se te ocurrió la idea del contrato con inu? Le preguntó de repente Rika, que todavía estaba intentando digerir la conversación del rickshaw

— La verdad es que necesitábamos ayuda en casa, pero no estaba dispuesta a meter un extraño en mi casa, un hombre, y además extranjero, que probablemente acabaría creando problemas. El contrato era inicialmente para fijar los términos de la contraprestación, pero después de tener la primera discusión con Fumiko, comprendí que podía sacar más beneficio de la situación. Mi madre también me ayudó a redactar los términos y condiciones. Ella me decía: Kumi, este chico nos puede venir muy bien, lo que de verdad necesitamos es un esclavo y no creo que se nos vuelva a presentar una ocasión, hay que fijar muy bien los términos desde el principio, no debemos dejar margen a la improvisación.

— Pero...Kumi un esclavo en pleno siglo XXI.

— Rika, no es exactamente esclavitud, ya que hay otro aspecto que no estás teniendo en cuenta. Es un acto voluntario por su parte...o por lo menos inicialmente. Fue su propia decisión y yo no le oculté ninguna condición.

— Sí, pero ahora no puede dar marcha atrás.

— Ha tomado una decisión y ha de afrontarla. También persiguen al legionario que deserta...Además, no creo que quiera irse

— ¿Tú crees que él es feliz?

— En primer lugar, mi reacción inicial sería decirte que “ni lo sé, ni me importa”. En realidad, no se trata aquí de su felicidad, ni de la felicidad de nadie. Sí que creo que la esclavitud puede dotar a su vida de sentido, de “plenitud”. No, no te rías, piénsalo bien, es un proceso análogo a los que entregan su vida al servicio de los otros (los enfermos, los pobres, Dios, etc...), el dedica su vida para que nosotras podamos vivir mejor la nuestra. Si no le da la felicidad, al menos le da un sentido a su vida, que antes no tenía

— Pero todo tiene un límite.

— Y nuestra relación así lo explicita. No le puedo matar, no le puedo mutilar, me debo preocupar de su salud, etc... Lo que no tiene límite, lo que no debe tener, es su dedicación al trabajo, su espíritu de servicio y de sacrificio.

— Para comer las sobras...

— Es comida que alimenta y que no debemos desperdiciar. No me comprometí a nada más.

— Me ha dicho tu madre que tiene que beber el agua del water

— Esa idea fue de una de las niñas y mi madre la acogió de manera entusiasta. Dijo que serviría para acondicionarlo rápidamente a su nueva situación. Mira Rika, la verdad es que estamos muy contentas de haberlo admitido en nuestra casa. Uno se acostumbra siempre a lo bueno y a nosotras nos ha quitado mucho trabajo de encima, la causa de muchas discusiones con las niñas (y mi madre), y nos hace la vida más cómoda. Pero no te vayas a pensar que todo esto ha venido sin esfuerzo o por la magia de un contrato, que sólo es un papel, que además probablemente no tenga ninguna validez legal. He dedicado mucho tiempo a instruir a inu, a fijar las normas y pautas de conducta, a corregir sus errores, a castigarle...

— Con esa fusta...Kumi, tú eras una de las últimas personas que hubiera imaginado haciendo algo así

— Créeme, no me gustan los castigos físicos y, como tú bien sabes, jamás me he peleado o golpeado a nadie, pero supe desde el primer momento que debía tener una mano firme con inu. Firme y justa, no me gusta golpearle por que sí.

— Pero a tu madre sí..., que ya la he visto

— Ella tiene otro temperamento, como mi sobrina Kaori, y tiene tendencia a la mano fácil. También se le escapaba la mano con nosotros cuando eramos niños, pero mi madre no es una sádica. Casi te diría que es la persona a la que inu se siente más cercana

— Y las niñas. ¿No te preocupa cómo les afecte todo esto en su educación?

— Mira, ya son mayorcitas y no creo que se vayan a traumatizar por esto. Este es un punto que hablé con mi madre. Yo creo que el hecho de que inu sea extranjero también les ayuda a poner distancia con él y la situación. Él no es como sus amigos o compañeros de colegio, es alguien de por sí diferente. Fumiko fue la primera en entender lo que podríamos llamar como el masoquismo de inu, y a su manera, cómo podíamos ayudarle a él ayudándonos a nosotras.

— No, si al final va a resultar que estás haciendo una obra de caridad...

— ...y tú deberías ser más caritativa, querida Rika. Anda, dáme un abrazo, y vamos a bajar a cenar, que ya oigo que hay barullo abajo. Espera —apretó un botón— que tú estás malita y te tenemos que cuidar.

Inu apareció en el umbral de la puerta.

— Lleva a Rika sama al salón.

Rika se sentó en la silla, esta vez sin protestar, y sonreía a Kumi. Estaba muy guapa envuelta en la yukata amarilla y con el pelo recogido. Y esa nariz tan roja. ¡Achis!

